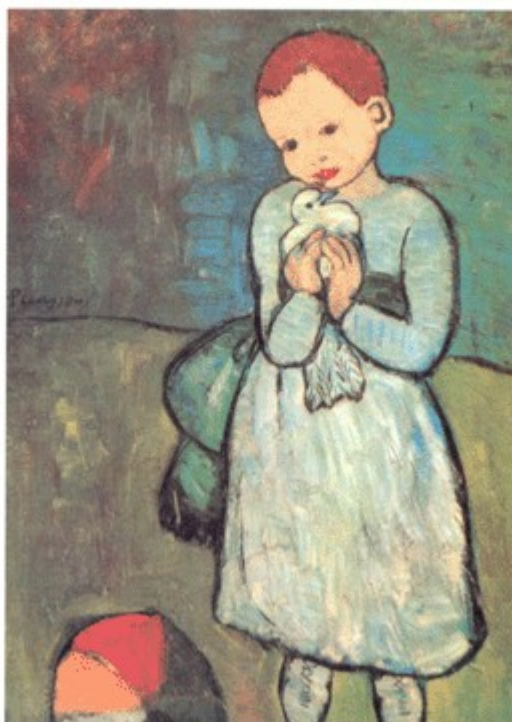


CRISTINA COREA - IGNACIO LEWKOWICZ

¿Se acabó la infancia?

Ensayo sobre la destitución de la niñez



LUMEN
HUMANITAS
lh

ÍNDICE

Presentación, de Matilde Luna	7
Ensayo sobre la destitución de la niñez. Cristina Corea.....	9
Introducción	11
Capítulo 1: Nacimiento de una hipótesis	17
Capítulo 2: El discurso massmediático y su crítica	29
Capítulo 3: Las operaciones del discurso mediático	51
Capítulo 4: Estatuto actual de la infancia	89
Capítulo 5: El niño como sujeto de derechos	111
Capítulo 6: <i>Los Simpson</i> o la caída del receptor infantil	135
Glosas marginales al <i>Ensayo sobre la destitución de la niñez</i> . Ignacio Lewkowicz	143
Una observación sobre el género <i>observación</i>	145
Una observación sobre el género <i>intervención</i>	148
Una observación sobre la estrategia general y la dinámica de la interpretación	152
Una observación sobre las ciencias sociales y las modas teóricas	156
Una observación sobre la destitución metadiscursiva de la infancia	159
Tres observaciones sobre el <i>concepto</i> de infancia	164
Tres observaciones acerca de la crítica	174
Tres observaciones sobre el concepto de subjetividad	193
Una observación sobre la definición de subjetividad	209
Una observación sobre el estatuto de lo público y lo privado.....	213
Epílogo.....	217

ENSAYO SOBRE LA DESTITUCIÓN DE LA NIÑEZ

Cristina Corea

INTRODUCCIÓN

Un niño suscita hoy sensaciones extrañas. Sentimos con más frecuencia la incomodidad de quien está descolocado o excedido por una situación, que la tranquilidad del que sabe a ciencia cierta cómo ubicarse en ella. La curiosidad infantil, ese sentimiento tan propio del niño con el que finalmente los adultos logramos familiarizarnos, hoy parece haberse desplazado: somos los adultos quienes observamos, perplejos, el devenir de una infancia que resulta cada vez más difícil continuar suponiendo como tal.

Este libro parte de una corroboración histórica: el agotamiento de la potencia instituyente de las instituciones que forjaron la infancia moderna. Ante esa constatación, se propone reflexionar alrededor de la hipótesis de que, debido a las mutaciones socioculturales, la producción institucional de la infancia en los términos tradicionales es hoy **prácticamente** imposible.

Si orientamos la mirada hacia nuestro entorno cultural, lo dicho puede cobrar alguna evidencia. Por un lado, lo que se escucha en los medios: crecimiento de las estadísticas sobre maltrato infantil; aumento alarmante de la venta de niños. Estos casos ponen en cuestión la noción tradicional de la fragilidad de la infancia; los postulados de protección y cuidado de la niñez empiezan a girar en el vacío. En el campo de la delincuencia irrumpe una novedad: la niñez asesina y el suicidio infantil. Tal irrupción, tan difícilmente asimilable, cuestiona la institución moderna de la infancia inocente, porque hace vacilar uno de los supuestos del discurso jurídico, el de la inimputabilidad del niño.

Por otra parte, el consumo generalizado produce un tipo de subjetividad que hace difícil el establecimiento de la diferencia simbólica entre adultos y niños. La infancia concebida como etapa de latencia forjó la imagen del niño como hombre o mujer del mañana. Pero, como consumidor, el niño es sujeto en actualidad; no en función de un futuro. La lógica de segmentación del *marketing* instaure unas diferencias que barren las que se hubieran establecido con la concepción de las edades de la vida en etapas sucesivas. En esa serie se habían inscripto la infancia y sus edades sucesivas: la adolescencia, la juventud, la adultez, la vejez. Ahora las diferencias se marcan según otro principio: consumidores o excluidos del sistema de consumo, según la lógica de las diferencias que impone el mercado.

La relación con el receptor que propone el discurso de los medios masivos es otra de las condiciones de la caída de la infancia: el acceso indiferenciado a la información y al consumo mediático distingue cada vez menos las clases de edad. Asimismo, la velocidad de la información y el tipo de identidades propuestas por la imagen impiden el arraigo de diferencias fuertes. Aquellas diferencias, basadas en el principio de *separación*, como las etapas de la vida, la espera o el progreso, que son características de la identidad de los niños modernos, se disuelven con el avance de las identidades móviles del mercado, impuestas por el dispositivo de la moda.

El opuesto de la figura del niño como consumidor es el niño de la calle, figura que también tiende a abolir la imagen moderna de la infancia. Si el niño trabaja para un adulto, esta situación borra la diferencia simbólica entre ambos; una diferencia que precisamente la institución moderna del trabajo, al excluir de su campo a la infancia, contribuía a instaurar. Pero también, con ello, queda abolida la idea de fragilidad de la

infancia: si en el universo de los excluidos del consumo los niños están en mejores condiciones que los adultos para "generar recursos", entonces se revela que la idea de fragilidad del niño, que operaba como una razón moderna de exclusión de la infancia del mundo del trabajo, es una producción histórica ya extenuada.

La niñez es un invento moderno: es el resultado histórico de un conjunto de prácticas promovidas desde el Estado burgués que, a su vez, lo sustentaron. Las prácticas de conservación de los hijos, el higienismo, la filantropía y el control de la población dieron lugar a la familia burguesa, espacio privilegiado, durante la modernidad, de contención de niños. La escuela y el juzgado de menores también se ocuparon de los vástagos: la primera, educando la conciencia del hombre futuro; el segundo, promoviendo la figura del padre en el lugar de la ley, como sostén simbólico de la familia.

Ninguna de estas operaciones prácticas se llevó a cabo sin compulsión sobre los individuos; todas ellas terminarían finalmente por consolidar los lugares diferenciados que niños y adultos ocuparían como hijos y padres en la institución familiar naciente. De modo que no hay infancia si no es por la intervención práctica de un numeroso conjunto de instituciones modernas de resguardo, tutela y asistencia de la niñez. En consecuencia, cuando esas instituciones tambalean, la producción de la infancia se ve amenazada.

Obviamente, cuando hablamos de la infancia hablamos de un conjunto de significaciones que las prácticas estatales burguesas instituyeron sobre el cuerpo del niño, producido como dócil, durante casi tres siglos. Tales prácticas produjeron unas significaciones con las que la modernidad trató, educó, y produjo niños: la idea de inocencia, la idea de docilidad, la idea de latencia o espera.

Las prácticas pedagógicas de mediados del siglo XIX hasta mediados del XX exhiben con claridad cómo funcionan esos predicados. El manual escolar, que fue género central en la educación infantil hasta aproximadamente los años cincuenta, trata al niño como "el hombre del por venir". De este predicado se infiere que en la institución escolar el niño no existe como sujeto en el presente sino como promesa en el futuro. Tendrá que pasar por una serie de etapas de formación hasta hacerse hombre. Como se lo supone dócil, la escuela es una institución eficaz. En ella se cumple la misión social de educar al futuro ciudadano; la escuela es el ámbito en que la niñez espera el futuro.

Todas esas prácticas y sus representaciones correspondientes garantizaron la creación de un lugar simbólico particular para la infancia, que en la sociedad medieval, por ejemplo, no existía: la separación simbólica del mundo adulto y del mundo infantil es típicamente moderna. En ese sentido, la escuela es una de las instituciones claves de separación de adultos y niños.

La producción simbólica e imaginaria de la modernidad sobre la infancia dio lugar a prácticas y discursos específicos: la pediatría, la psicopedagogía, la psicología infantil, la literatura infantil, etc. Estos discursos producen sus objetos de saber, sus dominios de conocimiento; en fin: sus sujetos, el niño y los padres de ese niño recién instituido, como resultado de la intervención institucional. Así, a través de la modernidad, el niño es una figura clave del recorrido de la sociedad hacia el Progreso.

Sospechamos que nuestra época asiste a una variación práctica del estatuto de la niñez. Como cualquier institución social, la infancia también puede alterarse, e incluso desaparecer. La variación práctica que percibimos está asociada a las alteraciones que, a su vez, sufrieron las dos instituciones burguesas que fueron las piezas claves de la modernidad: la escuela y la familia. Pero también dicha variación hunde sus raíces en las mutaciones prácticas que produjo en la cultura el vertiginoso desarrollo del consumo y la tecnología.

Este libro se propone recorrer las variaciones históricas que presenta en la actualidad la infancia, asociadas a la alteración de la escuela y la familia modernas, en el dominio de la cultura instituido hoy por el discurso de los medios masivos. Indicaremos brevemente cómo se organizan los seis capítulos que integran la primera parte. El primer capítulo expone cómo surge la hipótesis que guió nuestro

trabajo sobre la infancia. El segundo expone la estrategia crítica en que se mueve el *Ensayo* para analizar el discurso massmediático. En el capítulo tercero se analizan los procedimientos enunciativos del discurso massmediático, puesto que es allí donde la hipótesis conjetura el agotamiento de la infancia.

Los capítulos cuarto, quinto y sexto presentan el recorrido de la hipótesis sobre distintos géneros de los medios masivos. Las herramientas, el procedimiento y el espíritu de esos análisis son de neto corte semiológico. Esos análisis querían producir la consistencia de la hipótesis inicial para llegar a la tesis central del agotamiento de la infancia moderna. Los géneros del discurso massmediático en los que se vio trabajar la hipótesis fueron: el periodismo, la publicidad y la serie televisiva *Los Simpson*. Allí se intenta ver de qué modo las figuras del niño que construyen esos géneros -el sujeto de derechos, el consumidor y el receptor infantil de las series- destituyen prácticamente la figura del niño moderno.

En la segunda parte se presenta una serie de observaciones que surgen de la lectura del *Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Esas observaciones glosan el margen del texto: señalan puntos de vacilación, radicalizan puntos de intervención, aclaran estrategias implícitas, exploran las consecuencias de la hipótesis; en síntesis, intentan continuar el movimiento suscitado por la lectura del *Ensayo*.

CAPÍTULO I

Nacimiento de una hipótesis

Este trabajo se inspira en un episodio cruel: el famoso caso de los niños asesinos de Liverpool. Sucedió el 12 de febrero de 1993. Los tres protagonistas eran ingleses y "menores": los asesinos, diez años cada uno; la víctima aún no había cumplido los tres. Se recordará que el homicidio fue precedido por el secuestro de la víctima en un *shopping*, y que fue registrado por el circuito interno de televisión.

La crueldad de los hechos nos llegó a través de imágenes; su sentido, a través de opiniones. No estábamos ante los hechos; éramos espectadores mediáticos, consumidores del caso de los niños asesinos y de la serie de casos semejantes que sobrevendría después en los medios. El caso era inquietante. Algo pasaba. Pero no en el plano de los hechos, sino en el plano del discurso que nos hacía llegar esos cruentos hechos. Lo notable era el mecanismo con que esto llegaba a nosotros; o la posición en que quedábamos ante tamaños hechos. Pero esa convicción vino bastante después. Al comienzo no era tan sencillo discernir si nuestro interés eran los hechos o el discurso que en esta ocasión los trataba. Si era lo primero, nada podíamos hacer: estábamos en Buenos Aires, mirando la tele, leyendo los policiales de los diarios. Pero sí podíamos avanzar si decidíamos lo segundo. Si admitíamos de modo radical la existencia del discurso massmediático; si admitíamos que lo que nos atrapaba, finalmente, eran los medios. Tuvimos que decidir, entonces, que nuestra hipótesis no era una hipótesis sobre los *hechos*, sino sobre el modo en que se construyó el *sentido del caso* en el funcionamiento de los medios. Nuestro problema no era del orden de los hechos sino del orden del discurso. La cuestión era complicada, puesto que el discurso no era una dimensión por fuera de los hechos, sino que tenía su propia dimensión práctica que había que analizar. Esa dimensión práctica era un conjunto de *operaciones enunciativas* que era necesario describir, analizar e interpretar semióticamente.

Nuestro interés se desplazó paulatinamente del caso de los niños asesinos hacia el discurso que lo había producido como tal. El análisis del discurso massmediático nos depararía una sorpresa: el problema no residía en el modo en que el discurso *trataba el caso* de la infancia asesina, sino que el funcionamiento de los medios en este caso era un síntoma de *otra cosa*.

Los medios masivos eran el discurso en que hacía síntoma un problema de envergadura histórica: algo en la infancia había cambiado. Tanto, que quizás había dejado de existir. ¿Estaríamos llamando infancia a *otra cosa*, cuya naturaleza ignorábamos? Lo que a duras penas se seguía enunciando como *infancia*, ¿constituía el encubrimiento sintomático de una alteración histórica? Las preguntas adquirieron forma de hipótesis; la intuición buscó un método de análisis pertinente y, transcurrido cierto tiempo, la investigación produjo su tesis. El recorrido se puede leer en las páginas que siguen.

LA INFANCIA ASESINA COMO CASO MEDIÁTICO

El caso de los niños asesinos de Liverpool despierta, cuanto menos, estupor. Hay algo de siniestro en el caso. Porque, si lo siniestro es la irrupción de un vacío en la calma cotidiana, el asesinato infantil, tanto por la calidad de la víctima como por la de sus victimarios, nos pone ante un vacío: el sentido común sobre la infancia no puede, de ningún modo, recubrir un hecho de tal naturaleza. Si la infancia es -o *debería ser*, según nuestros hábitos culturales- la imagen misma de la inocencia, no hay nada más siniestro que lo angélico de la infancia mutando hacia lo diabólico. Ya que, si hay un lugar donde resulta inesperada la emergencia de una estrategia asesina, es en el reino dorado de la infancia inocente.

El asesinato perpetrado por Jon Venables y Robert Thompson inicia una serie bien conocida: la serie mediática de los casos de niños asesinos, cuyo último término, al momento de escribir este libro, lo constituye la "masacre de Arkansas".¹ La serie, tratada bajo el título periodístico de "violencia infantil" integra, a su vez -según los procedimientos sintácticos del discurso mediático-, una serie mayor: la de la violencia social.

La puesta en serie mediática organiza la ley de la repetición idéntica de sus términos: los casos, con el intento de encontrar una explicación de los hechos. La explicación es simple: la repetición de casos corrobora la existencia de la ley, que enuncia: crece el índice de violencia infantil. La repetición no es sólo el principio que organiza la lógica de la serie, sino también un criterio de explicación causal: "En general, los chicos que actúan así han padecido algún tipo de maltrato en sus casas, no sólo físico, también emocional. Con la violencia, repiten lo que recibieron: tratan a los demás con el mismo desprecio que a ellos los trataron" ("Los chicos repiten lo que reciben", Página/12, 26/03/98).

La estrategia massmediática tiene dos dimensiones: la del hacer y la de una teoría sobre ese hacer. Produce el caso y su serie, y al mismo tiempo proporciona una clave de lectura de eso que hace: una teoría sobre la violencia que dice: hay violencia por repetición. Pero el principio de repetición que explica la violencia está producido por el propio discurso: la puesta en serie del caso. La operación enunciativa de puesta en serie produce una teoría que explica los fenómenos según el principio de la repetición serial.

El mismo principio de la repetición idéntica prefigura un futuro: aumento de la violencia infantil. Dada la serie, nada más sencillo que incluir en ella un nuevo término: seguramente, algo tendrá el "nuevo caso" de común con el que le precede.

Aparentemente, los casos que integran la serie la componen porque tienen un rasgo en común: la misma causa. Sin embargo, si nos ponemos atentos a esta operación mediática tan peculiar, lo que vemos es que, en rigor, cada caso es la causa del caso siguiente: es la causa de la inclusión de un nuevo término en la serie, que da lugar al "otro caso". Pero el nuevo caso, a su vez, es causa del anterior, por cuanto lo legitima a su vez como su antecesor al incluirse en la serie.

Miguel Calvano² sostiene que entre el episodio de Liverpool y el de Arkansas hay una diferencia notable. Lo sorprendente en el primer caso era que se presentaba como un hecho inexplicable para sus actores: siempre que fueron interrogados por los motivos del crimen, los chicos contestaban que ignoraban por qué lo habían hecho. A los niños les resultaba imposible asignarle al acto un sentido en relación con el propio deseo. El episodio de Arkansas, por el contrario, es un crimen con móviles bien precisos: los niños fantasearon el crimen, lo anunciaron por medio de amenazas, lo tramaron y lo consumaron. Es decir, desde la posición subjetiva asumida frente al crimen, sus actores se comportan como adultos, verdaderos sujetos imputables de delito. Sin embargo, en nuestra línea, todavía es necesario advertir que la inaudibilidad de las amenazas criminales de estos chicos por parte de los adultos revela que aún está vigente la suposición adulta de la inocencia infantil. Revela, en consecuencia, que tal supuesto continúa funcionando como modalidad de percepción de los niños, capaz de constituir en la situación un obstáculo que impide actuar. En ese sentido, la masacre de Arkansas viene a aclarar nuestra tesis del fin de la infancia: no porque la demuestre, sino porque manifiesta de manera sintomática el desacople entre el acto infantil (¿o de *hombres pequeños?*) y los sentidos disponibles en esa situación para

¹ El asesinato de James Bulger, un niño de 2 años, se produjo el 12/2/1993; tuvo repercusión periodística hasta bien avanzado el año 1994. Sus asesinos tenían 11 años. El 25/3/1998, Andrew Colden (13) y Mitchell Johnson (11) atacaron a tiros a sus compañeros de escuela en Arkansas. Según la prensa, el móvil de la matanza fue la venganza de un desaire amoroso. Hubo cinco muertos.

² Psicoanalista. Cf. al respecto: "Matar no es cosa de niños", trabajo presentado en un panel del II Congreso Argentino de Prácticas Institucionales con Niños y Adolescentes. Situación y Perspectivas de la Salud Mental Infanto-juvenil en Latinoamérica, organizado por el Hospital Tobar García entre el 28 y el 30 de noviembre de 1996. La línea argumental continuó en sucesivas charlas.

registrarlo. La imposición mediática de la serie construida a la que pertenece el caso impide pensar lo real de la transformación que está en juego.

Por consiguiente, la operación de puesta en serie del discurso mediático no explica nada, más bien se autoexplica: en la operatoria sintáctica,³ lo que tenemos, sencillamente, es que un caso es la causa de otro. Y, así, la serie puede sucederse sin fin. Por este camino, sólo encontraremos respuestas numéricas al problema, pues cada caso confirma la ley: crecen los índices; crecen los casos; crecen las estadísticas... No cabe duda: vivimos en un mundo cada vez más violento.

Es necesario construir otro punto de vista para leer el problema, si queremos abandonar el terreno de la repetición idéntica de la serie, el paraíso tranquilizador de las confirmaciones mediáticas. El cambio de perspectiva, entonces, tiene que ser radical. El caso de la infancia asesina no será un índice más de la violencia infantil, que a su vez es un índice de la violencia social, sino un síntoma del discurso de los medios. Pero resulta entonces que, si la repetición es sintomática y no la confirmación de algo que ya se sabe, debe interpretarse. La repetición es índice ya no de una repetición ni de un aumento: es el síntoma de una mutación más drástica.

La repetición de casos, entonces, es síntoma en el discurso mediático de una variación histórica, la mutación práctica de lo que estaba en posición de real para las instituciones de la infancia: el cachorro humano. Si lo que denominamos institución infancia es el producto de las operaciones prácticas de unos discursos sobre la familia y sus niños, si esas operaciones discursivas le dieron a su vez consistencia imaginaria a la infancia en el universo burgués, lo que se nos presenta hoy como sintomático es el desacople entre esos discursos y su real, porque ese real ha mutado históricamente. El horror ante la infancia violenta se produce sobre la base de una representación agotada en sus efectos prácticos: la niñez concebida como edad de inocencia, fragilidad y docilidad.

El caso de la infancia asesina viene a postular en los hechos, y de un modo sintomático, que la niñez ha perdido definitivamente su inocencia en el discurso mediático. El supuesto moral de la inocencia infantil, que sostiene el principio jurídico de inimputabilidad del menor, queda prácticamente cuestionado. Seguramente esto no sucede sólo con el discurso jurídico: es razonable conjeturar que cualquier universo de discurso que suponga las significaciones tradicionales⁴ de la infancia se verá perturbado. Sobre esa hipótesis discurrirán las páginas que siguen.

En efecto, el desacople discursivo interpretado en el funcionamiento de los medios es el síntoma del agotamiento de las instituciones que forjaron la infancia: la escuela pública, la familia burguesa, el juzgado de menores, las instituciones de asistencia a la familia. En el universo burgués, la infancia es el objeto de discurso producido como efecto de la intervención práctica de las instituciones de asistencia a la familia. Decir que esas instituciones están agotadas significa reconocer que en sus prácticas tales instituciones ya no producen la consistencia de su objeto: la infancia. Es ya indicativo que el acceso a la realidad de la infancia actual no esté dado por los discursos de forja y saber sobre la infancia moderna sino por un discurso modernamente menor que pasa al lugar contemporáneo de metadiscurso.

Las denominaciones con que habitualmente nombramos a los miembros de la clase "infancia" (niño, alumno, perverso polimorfo, *infans*, párvulo) designan en realidad distintos aspectos del tipo subjetivo moderno que las prácticas discursivas instituyeron al intervenir sobre su real, el "cachorro humano". Lo que se detecta como síntoma en los discursos⁵ que instituyeron la infancia, y que en el tratamiento de los medios

³ Las operaciones sintácticas involucran todo tipo de relaciones sucesivas entre los signos. Son sintácticas las leyes que regulan la contigüidad entre los signos en una línea de lectura cualquiera: concordancia de género y número entre sustantivo y adjetivo, subordinación preposicional, rección verbal, etc. La serie mediática es una operación sintáctica puesto que se rige por el principio de sucesión (de casos).

⁴ Denominamos significaciones tradicionales a los predicados atribuidos y producidos para la infancia por las instituciones burguesas de resguardo, asistencia y tutela de niños: la escuela, la familia, la filantropía, el higienismo, el juzgado de menores, etc.

⁵ Estos discursos son, a su vez, instituciones; es decir, un conjunto de prácticas instituidas que intervienen sobre un real, producen su objeto, un dominio de saber sobre ese objeto y sus tipos subjetivos correspondientes. Este trabajo

aparece tematizado como criminalidad infantil, chicos de la calle, precocidad de los niños, violencia escolar, abuso sexual de menores, es el fracaso de su estrategia de intervención sobre un real: los cachorros actuales no se dejan tomar dócilmente por las prácticas y los saberes tradicionales del universo infantil. No porque desobedezcan a las instituciones; la sublevación es más radical: desobedecen a la operación de institución misma.

Aclaremos brevemente la hipótesis. Los casos mediáticos de violencia infantil no son índice de violencia social sino síntoma de agotamiento de la infancia instituida. Ni la hipótesis de la repetición de modelos familiares como causa del maltrato infantil, ni la famosa reducción al motivo de la crisis económica explica el agotamiento de la infancia, que se debe a mutaciones mucho más sustanciales en su naturaleza. La infancia instituida por las instituciones modernas transformaba al cachorro humano en un objeto frágil e inocente, dócil y postergado a un futuro. Esas significaciones se han agotado. La razón se encuentra en la impotencia actual de los discursos y las prácticas que habían instituido aquella infancia tradicional. En estas condiciones, el cachorro que efectivamente hoy existe está en posición de real rebelde para aquellas prácticas y discursos: carece de significación instituida.

Las postulaciones anteriores nos conducen a las siguientes preguntas: ¿cuáles son las condiciones actuales de las instituciones tradicionales de la infancia?; ¿cómo es su funcionamiento actual?; ¿qué tipo de relación establecen con otras instituciones, especialmente los medios masivos?

La mirada recae inevitablemente sobre la escuela y la familia, las instituciones que tradicionalmente fueron responsables de la contención y de la formación de niños, a los que efectivamente producía como alumnos o hijos. En lo que concierne a la familia, nunca estuvo sola. Siempre la encontramos asistida, auxiliada, protegida, educada: normalizada, moralizada. Entre la familia y el Estado burgués se teje toda una red de prácticas de asistencia y protección. O vigilancia, si se prefiere. Pero esa infancia hoy ya no existe. Nuestro propósito es indagar las prácticas actuales que la dispersan: las prácticas que operan sobre el cachorro y lo vuelven real para el universo de discurso moderno.

Para situar conceptualmente el estatuto actual de la infancia, es necesario retomar la relación entre la infancia y el delito que establece el discurso mediático, ya mencionada al comienzo de este capítulo.

El tema del delito infantil llega al consumidor de medios masivos. La frecuencia con que el tema es tratado le indica, en la misma clave que le brinda el discurso mediático: que la crisis de la infancia es uno de los efectos nefastos de la actual política económica; que es un índice más del crecimiento de la violencia social que caracteriza a las grandes urbes posmodernas; que estamos ante la crisis de los valores o de los modelos, etc. La tematización mediática va en aumento, al ritmo también creciente de la estadística de los casos.

¿Cuál es la modalidad específica de ese tratamiento? Simple identidad entre la causa y el efecto: la violencia infantil es una expresión más de la violencia social general. "La violencia engendra violencia"; la causa y el efecto son idénticos; la figura de la serie de casos corrobora una y otra vez la identidad. El recorrido lineal que propone el tratamiento mediático nos conduce a los lugares comunes del discurso, a la simple corroboración de lo que ya se sabe. ¿Cómo abandonar este camino?

La estrategia consiste en considerar el delito infantil no ya como simple expresión de una causa idéntica aunque mayor sino como síntoma del universo del discurso mediático.

A diferencia de la operación identitaria de la serie, la lectura del síntoma no es una operación deductiva, sino que señala un desacople material entre las prácticas sociales re-presentadas en el discurso mediático y la misma operatoria de representación de ese discurso.

considera las instituciones de la infancia como discursos.

En consecuencia, la lectura del síntoma es capaz de interrumpir la cadena deductiva del signo que impone la serie mediática, siempre y cuando tal síntoma dé lugar a una interpretación. El síntoma es heterogéneo respecto de la causa que *supuestamente* lo provoca.

Entonces, para esta lectura sintomática, el delito infantil sólo es la causa eficiente de la producción discursiva de los medios. Sólo *en determinadas circunstancias* esa causa puede producir unos efectos tales como la proliferación mediática de los casos de asesinato infantil. Puede parecer abusivo pero, una vez que se acepta que los medios son un discurso, sus sujetos, siempre en posición de consumidores de información, sólo tienen una percepción mediática de la realidad, que es entonces sí efecto de discurso.

Los casos de delincuencia infantil, por lo tanto, son casos mediáticos, y no de otra naturaleza. Esto no significa que no existe relación entre la realidad y los medios; la posición discursiva de ninguna manera repudia la realidad. Lo que pasa es que hay que establecer cómo es la relación del discurso con los hechos que significa. Lo veremos en el capítulo 3.

La producción discursiva de los medios en torno a la infancia asesina es efecto de ella, pero a su vez es síntoma de las condiciones en que se produce ese tipo particular de violencia infantil. Ese conjunto de condiciones no es ni más ni menos que el momento de agotamiento de la niñez. El tratamiento discursivo que proponen los medios de la crisis de la infancia reprime la percepción del agotamiento de las instituciones que la forjaron. Se cumple una vez más una ley del funcionamiento discursivo: la repetición de enunciados reprime la legibilidad de sus condiciones históricas de enunciación.